

señalan aún el sitio en que se alzaba la floreciente ciudad, y el recuerdo de la jornada en que sucumbió la Macedonia vive aún confusamente en una leyenda entre jocosa y terrible que se refiere en Paleo-Kitros. En el lugar que fué ciertamente teatro de la acción, liliáceas de una especie particular alfombran el suelo: las gentes del país lo llaman el valle de las flores, *Loulouidia*, y dicen que estas flores nacieron de la sangre humana derramada allí en una gran batalla.

Del campo de batalla Perseo huyó á Pela. Situada esta capital en una altura cuyos alrededores están cubiertos de pantanos así en invierno como en verano, era de fácil de-



La Victoria de Samotracia (1)

fensa; pero no había ya ejército y sus habitantes cedían al desaliento general. Aconsejaronle al rey que se retirara á las provincias montañosas que lindan con la Tracia y ensayara allí una guerra de partidarios. El rey hizo sondear la disposición de los bisaltos y empeñó á los ciudadanos de Anfipolis en defender su ciudad, á fin de conservar para sí mismo una retirada hacia el mar (2). En todas partes recibió negativas y palabras duras, y supo que todas las plazas abrían sus puertas antes de ser atacadas. Abandonado y sin recursos, pidió la paz al cónsul, y esperando su contestación, se refugió con su familia y sus tesoros en el sagrado templo de Samotracia.

(1) Magnífica estatua colosal de la época de los sucesores de Alejandro, cuyo estilo se acerca al de la época de Fidias. Fué descubierta en 1863, bajo las ruinas de un templo dórico, á alguna distancia de la antigua ciudad de Samotracia (Paleópolis). Museo del Louvre.

(2) Estos hechos referidos por Tito Livio (XLIV, 45) desmienten la cobarde desesperación de Perseo después de la derrota de Pidna.

En su carta, usaba aún Perseo el título de rey, y P. Emilio se la devolvió sin leerla: en la segunda en que este título estaba borrado, obtuvo por toda contestación que entregara su persona y sus tesoros. Entonces Perseo intentó huir para reunirse con Cotis en Tracia; pero la flota del pretor ceñía la isla, y un cretense que le había prometido ponerlo en salvo, huyó con el dinero, llevado anticipadamente á bordo. En fin, un traidor entregó al pretor los hijos del rey, y con esto el mismo Perseo vino á ponerse en manos de su enemigo con su hijo primogénito. P. Emilio, compadecido de su desgracia, lo acogió bien (3), lo tuvo á su mesa y le aconsejó que tuviera esperanza en la clemencia del pueblo romano (168).

Aun antes de la batalla de Pidna, había sitiado Anicio á Gencio en Escodra, su capital, y obligado á este príncipe á entregarse: treinta días bastaron para esta conquista, que no había costado ni un combate.

Esperando la llegada de los comisarios del senado recorrió P. Emilio la Grecia para ver sus maravillas. Subió á Delfos, donde hizo elevar su estatua sobre el pedestal destinado á la de Perseo; visitó el antro de Trofonios, á Calcis y el Euripe con sus extraños fenómenos de marea; á Aulis, el punto de reunión de los mil barcos de Agamenón; á Atenas, donde ofreció un sacrificio á Minerva, como en Delfos á Apolo; á Corinto, rica aún con todos sus tesoros; á Sicion, Argos, Epidaurio y su templo de Esculapio; á Megalópolis, la ciudad de Epaminondas; á Esparta y á Olimpia, evocando en todas partes gloriosos recuerdos y rindiendo homenaje de admiración á aquella Grecia, ya tan abatida. En Olimpia creyó ver al mismo Júpiter contemplando la estatua de Fidias, y sacrificó con la misma pompa que en el Capitolio. Quiso vencer también á los griegos en magnificencia. «El que sabe ganar batallas, decía, debe saber ordenar una fiesta.» E hizo preparar en Anfipolis juegos griegos y romanos, que anunció á las repúblicas, á los reyes y á los principales caudillos del Asia. Reuniéronse allí de todas las partes del mundo los más hábiles actores y los atletas y caballos más famosos. Al rededor del recinto de los juegos, se expusieron las estatuas, los cuadros, los tapices, los vasos de oro, de plata, de cobre, de marfil y todas las curiosidades, todas las obras de arte halladas en el palacio de Perseo. Las armas de los macedonios fueron acumuladas en un montón inmenso, y P. Emilio les pegó fuego, terminando la fiesta al siniestro resplandor del incendio. Este holocausto anunciaba á la Grecia y al mundo el fin de la dominación macedónica, como el incendio de Persépolis ordenado por Alejandro había anunciado al Asia, siglo y medio antes, la destrucción del imperio de Ciro.

Entretanto llegaron los comisarios del senado; Paulo Emilio arregló con ellos la suerte de Macedonia, y habiendo reunido en Anfipolis ante su tribunal, rodeado de una multitud inmensa, diez de los principales ciudadanos de cada ciudad, les declaró la voluntad del pueblo romano. Paulo Emilio se expresó en latín, debiendo el vencedor hablar en su lengua á los vencidos; pero el pretor Octavio repetía en griego sus conceptos. Los macedonios serán libres y conservarán sus ciudades con magistrados anuales, sus territorios, sus leyes, y no pagarán al pueblo romano más que la mitad de los antiguos tributos; pero la Macedonia se dividirá en cuatro distritos, con prohibición de que sus habitantes contraigan matrimonio, vendan ni compren fuera de su territorio. Únicamente los cantones vecinos de los

(3) Perseo estaba tan poco vigilado en el campamento romano, que pudo una vez alejarse de él más de una jornada de camino sin que nadie lo advirtiera. (Tito Livio, XLV, 28.)

bárbaros podrán armar algunas tropas. Los del tercer distrito proveerán de sal á los dardanos á un precio convenido de antemano. Los amigos y cortesanos del rey, sus comandantes de flota, sus gobernadores de plazas, todos los que hayan ejercido algún cargo seguirán al cónsul á Italia con sus hijos. Y los designó á todos por sus nombres. Después dió á los macedonios un código de leyes apropiadas á su nueva situación y partió para el Epiro. Anicio aplicó las mismas disposiciones á la Iliria, que se dividió á su vez en tres cantones.

La Macedonia era demasiado rica para ser abandonada al pillaje de los soldados; sólo se les entregaron algunas

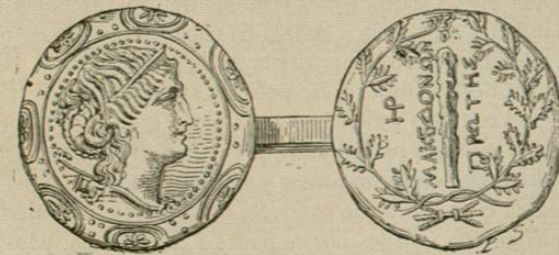


Moneda de Sicion (1)

ciudades, que después de la victoria de Pidna, vacilaron en abrir sus puertas. El cónsul había procurado, por otra parte, separar la causa del rey de la del pueblo: era preciso hacerles entender que no se había ido sino contra Perseo ni se querían más que sus despojos, á fin de falsear con esta política los tronos que aun quedaban en pie. La Macedonia y la Iliria fueron pues perdonadas, pero murmurando los soldados, se les entregó el Epiro.

La política de las asambleas numerosas suele ser implacable, porque de todos los que concurren á sus actos, ninguno es responsable personalmente. Los epirotas habían hecho defección, y el senado para espantar de una vez para siempre á los aliados, quiso tratarlos como á los tráfugas, cuyo castigo era el hacha. Paulo Emilio derramó lágrimas, dicen, al recibir este decreto; pero lo ejecutó sin embargo. Las cohortes enviadas á sus setenta ciudades, recibieron el mismo día, á la misma hora, la orden de entrarlas al pillaje, de arrasar sus murallas y vender sus habitantes. ¡Ciento cincuenta mil epirotas pasaron en un día de la libertad á la esclavitud! El botín fué tan considerable que cada infante, después de haber deducido el oro y la plata para el tesoro, recibió 200 denarios y 400 cada jinete.

Sin embargo, los soldados no estaban aún satisfechos; en su avidez, excitada por el recuerdo de los ricos despojos obtenidos por sus predecesores en Sicilia, en Africa y en Asia, se indignaban de que su general hubiera puesto en reserva la mejor parte del botín de Macedonia. Paulo



Moneda de Macedonia (2)

Emilio había pillado para la república y ellos querían que sólo se pillara para ellos. Así, cuando hubo remontado el Tíber en su galera real, adornada con los escudos de bron-

(1) Quimera y una corona en el anverso; en el reverso una cifra I y una paloma volando en una corona de laurel. Moneda de Sicion.

(2) Busto de Diana en un escudo macedónico. En el reverso, MAKEΔONON ΠΡΩΤΗΣ y un monograma. Maza en una corona de laurel. Tetradracma del 1.º distrito de Macedonia.

ce de la falange macedónica y solicitó los honores del triunfo, procuraron ellos hacer que se rechazara su demanda.

Nos hallamos en la época en que las costumbres de Roma comienzan á sufrir la transformación que estudiaremos después; en que los caudillos militares entregan las provincias



Vaso Borghese (3)

al pillaje; en que los soldados parten á la guerra, no por deber patriótico, sino por la esperanza del lucro, maldiciendo á los que los condenan á la disciplina antigua y al antiguo desinterés. Este incidente es pues el síntoma de un mal cuyo origen es menester señalar, porque después de haber ido creciendo por espacio de un siglo, vendrá á parar á las guerras civiles, que engendrarán el imperio.

El senado había concedido el triunfo á P. Emilio, pero era necesario que el pueblo le conservara su imperio por medio de una ley para que pudiera pasar las puertas de la ciudad en traje de guerra y conducir á su ejército por la vía Sacra hasta el Capitolio.

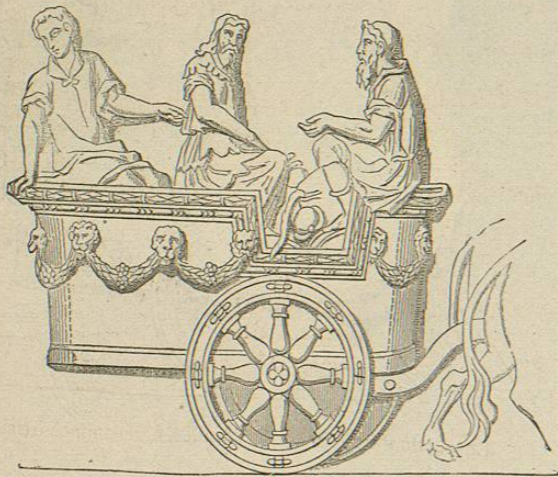
«No nos ha dado dinero, decían los soldados, y no le

(3) Este vaso ó cratera célebre, de mármol, servía de adorno en los jardines de Salustio, en cuyo emplazamiento se encontró. Representa una bacanal, en que el dios de las vendimias, tranquilo en medio de los ruidosos placeres, escucha á una bacante que tañe la lira. Sileno, ebrio, está sostenido por un fauno; otros faunos tocan la flauta y el tímpano. Una bacante parece huir de uno de ellos. Museo del Louvre, núm. 711 del catálogo Clarac. No pretendemos que este vaso figurara en el triunfo de Paulo Emilio; pero dará una idea de los que en él se vieron.

daremos nosotros honor.» Y cuando el tribuno del pueblo llamó á los ciudadanos á votar el triunfo, un enemigo personal de P. Emilio, llamado Servio Galba, tribuno de la segunda legión, que había inducido á los soldados á servir sus rencores, pidió que se aplazara la deliberación al día siguiente, porque necesitaba un día entero para desenvolver los motivos de su oposición. Intimidado por el tribuno del pueblo á que hablara desde luego, pronunció un discurso que duró cuatro horas, hasta la puesta del sol; y como la asamblea debía disolverse al oscurecer, fué preciso aplazar el asunto al día siguiente.

Desde muy temprano llenaban el foro los soldados, y las primeras tribus llamadas desecharon la ley.

Negar el triunfo al que había hecho de Roma la heredera de Alejandro era una de esas indignidades propias del populacho abandonado á sus malos instintos. Los principales personajes se arrojaron en medio de la multitud diciendo á voces que se sacrificaba la causa del cónsul á la licencia y codicia de la soldadesca; que aquello era hacer á



Carro conduciendo cautivos. (Tomado de Montfaucon.)

éstos los amos y á los generales sus servidores; y un consular, que había sido lugarteniente de un dictador, M. Servilio, suplica á los tribunos que pongan el asunto á deliberación autorizándolo para arengar al pueblo.

Los tribunos se retiran un tanto para conferenciar, y como la oposición no venía de ellos, sino de un intruso, declararon luego que llamaran á las tribus al sufragio, después de oír á los ciudadanos que quieran hacer uso de la palabra.

M. Servilio refiere los servicios de P. Emilio, su justa severidad, á la que es debida la victoria, y dirigiéndose á Galba: «¿Te atreverás, exclama, á decir al pueblo romano, como otros tantos capítulos de acusación, que los tribunos han vigilado los puestos con demasiada exactitud; hecho las rondas con sobrado rigor, impuesto á los soldados muchas fatigas; que en un mismo día ha debido el ejército hacer una larga marcha, dar una batalla y perseguir al enemigo; que el botín en vez de derrocharse se ha conservado para el tesoro público? Y vosotros, soldados, ¿qué tenéis que decir? ¡Cómo! ¡hay en Roma otro hombre que Perseo que no quiere que se triunfe de los macedonios y no hacéis pedazos á ese hombre con las mismas manos con que habéis derribado á vuestros enemigos!

» Pero á vosotros mismos es á quienes se niega el triunfo; se os prohíbe entrar en la ciudad ceñidos de laureles y adornados de recompensas militares, pasar á vista de vuestros conciudadanos en la pompa de la victoria. Que se devuelvan entonces los despojos que habéis conquistado, las

armas tomadas á los soldados que cayeron al esfuerzo de vuestro brazo. Y esos vasos de plata y de oro, todas esas riquezas reales, ¿habrán de llevarse de noche al erario, como producto de un robo vergonzoso? ¿Y no ha de ver el pueblo romano pasar cautivos á Perseo y sus dos hijos, que recuerdan los famosos nombres de Filipo y de Alejandro?

» Pero el triunfo no es debido solamente á los que han vencido; también pertenece á los dioses que han dado la victoria. ¿Queréis defraudar al mismo Júpiter? Despreciad lo que os ha dicho Galba, ese hombre que no ha estudiado el arte de la palabra sino para hacer de ella un instrumento de maledicencia, y escuchadme á mí. Yo he sostenido veintitrés combates singulares y he traído todos los despojos de los que me retaron; mi cuerpo está cubierto de heridas, recibidas todas por delante; que Galba descubre el suyo y no veréis en él ni una cicatriz. Ahora decidid si para obtener el favor de sus soldados debe un general hacerse esclavo de sus caprichos (1).»

Las treinta y cinco tribus volvieron á las urnas y por unanimidad votaron el triunfo. Felicitémoslos por su justicia, aunque tardía; pero guardemos la memoria de este doble síntoma: la avidez creciente del soldado, que comienza á dejar ver en el legionario de la república al del imperio, y la facilidad del pueblo en asociarse á los envidiosos rencores de un mal ciudadano, contra uno de los mejores servidores del Estado.

Esta solemnidad, á la que asistió todo el pueblo vestido de blanca toga, hubo de durar tres días. El primero pasaron las estatuas y los cuadros en doscientos cincuenta carros; el segundo una larga hilera de carros cargados de armas, cuyo hierro ó bronce recién bruñido resplandecía vivamente: parecían amontonadas más bien que puestas con arte y presentaban hacia adelante las amenazadoras puntas de las espadas. Cuando se chocaban en la marcha producían un sonido marcial é imponente. Venían luego seis mil hombres trayendo setecientos cincuenta vasos, que contenían tres talentos en plata acuñada; otros traían cráteras y copas de plata notables por su labor y tamaño. El tercer día desde por la mañana las trompetas en vez de aires alegres, tocaron la carga ó ataque: el triunfo comenzaba. Ciento veinte bueyes de dorados cuernos, adornados con cintas y guirnaldas, abrían la marcha, conducidos por jóvenes ceñidos de bandas bordadas, entre niños que llevaban copas de oro y plata. Detrás de ellos traían unos soldados el oro acuñado en setenta y siete vasos con tres talentos cada uno. Cuatrocientas coronas de oro ofrecidas por las ciudades de Grecia y Asia, una copa sagrada de peso de diez talentos de oro é incrustada de pedrería, que P. Emilio había hecho fabricar; después las antigónidas, las selúcidas, las teríceas y demás copas de oro que adornaban la mesa de los reyes macedonios, precedían el carro de Perseo, donde se veían sus armas y su diadema.

Seguía la multitud de cautivos; entre ellos el hijo de Cotis, enviado en rehenes por su padre á Macedonia, y los hijos del rey, dos príncipes y una princesa, que demasiado jóvenes para comprender su desdicha, se creían en una fiesta y sonreían ingenuamente, mientras sus ayos procuraban enseñarles á tender las manos suplicantes hacia el pueblo. Detrás venía Perseo en traje luctuoso, con expresión impasible, como si el exceso de sus males le hubiera quitado el sentimiento de la realidad. Para no perder nada del fiero placer de la venganza, se obligó á la reina á seguir á su esposo y á sus hijos, á los cuales podía creer destinados

(1) Tito Livio, XLV, 35-39.

al suplicio: durante esta marcha fúnebre iba al lado del rey. Perseo había suplicado á Paulo Emilio que lo sustrajera á tanta ignominia y dolor. «Es una cosa que siempre ha sido y que está aún en todo su vigor,» contestó duramente el romano. En fin, el triunfador aparecía, seguido de sus cerradas cohortes; pero de los dos hijos suyos que debían acompañarlo en su carro triunfal, el uno acababa de morir y el otro expiró tres días después.

En su viril dolor, P. Emilio se felicitaba aún de que la fortuna lo hubiera escogido á él para expiar la felicidad pública. «Mi triunfo, decía, puesto entre los dos funerales de mis hijos, habrá bastado á las crueles exigencias de la suerte. A los sesenta años encuentro solitario mi hogar, después de haber visto en él una numerosa posteridad; pero me consuela á lo menos la prosperidad del Estado: yo he satisfecho por él.» Vivió Paulo Emilio algunos años más; fué censor aún en el año 160 y murió desempeñando este cargo.

Por haber hecho prisionero al rey de Macedonia en Samotracia, el pretor Octavio había obtenido á su vez el triunfo naval; el otro pretor Anicio obtuvo igualmente este honor, habiendo llevado en su triunfo al rey de Iliria, Gencio, que fué en seguida aprisionado en Iguvio, en medio de las montañas de la Umbría.

CAPÍTULO XXXI

REDUCCION DE LA MACEDONIA A PROVINCIA ROMANA. — SUMISION DE LA GRECIA

I. — ESPANTO DE LOS PRÍNCIPES Y PUEBLOS DESPUES DE PIDNA

Después de la derrota de Perseo, el pueblo romano no había tomado tampoco nada para sí, á no ser los cuarenta y cinco millones traídos al tesoro por P. Emilio y los tributos impuestos á Macedonia, que permitieron al senado prescindir de la antigua contribución de guerra, *tributum*, que antes se exigía á los ciudadanos. Esta supresión del único impuesto que tuvieran que pagar (1) muestra bien á las claras que Roma se proponía vivir á costa de sus súbditos. Este principio de gobierno tuvo por consecuencia las *frumentaciones*, ó distribuciones de trigo á bajo precio, como la parte de botín dejada á los soldados dió lugar á los donativos, *donativa*; dos instituciones de que abusó el imperio, pero que son de origen republicano y que no se comprenderían, si no se quisiera tener en ellas un medio de corrupción para seducir y manejar al pueblo y al ejército.

Roma no tenía necesidad de añadir nuevos territorios á su imperio para extender su dominación. La Macedonia había parecido el último baluarte de la libertad del mundo, y ahora que esta muralla había caído, todos iban á buscar la servidumbre con indecible terror. Prusias, rey de Bitinia, había permanecido neutral; sin embargo, corrió á Italia y se presentó al senado con la cabeza rasurada y el gorro del liberto. A su entrada besó el umbral de la curia y exclamó: «¡Salud, dioses salvadores!»

El mismo Masinisa tembló. «Dos cosas, vino á decir su hijo en su nombre, dos cosas le habían causado vivo do-

(1) El otro impuesto, ó más bien derecho sobre las emancipaciones, *vicesima manumissionum*, servía para constituir un fondo de reserva para los tiempos difíciles. La exención del tributo duró 125 años hasta las guerras de Octavio y Antonio.

En cuanto á Perseo, arrojado, después de la ceremonia, en un calabozo infecto, entre malhechores, habría pasado hasta hambre, si sus compañeros de cautividad no hubieran compartido con él su triste sustento.

Al cabo de siete días las instancias de P. Emilio hicieron cesar esta vergüenza, que hubiera deshonrado á Roma, á no creer los antiguos que todo era lícito contra el vencido. Fué entonces relegado á la ciudad de Alba en el país de los marsos y un misterioso silencio envolvió desde entonces al rey, que había sido un momento la esperanza del mundo. No se sabe á punto fijo si vivió en esta prisión dos años ó cinco ni de qué manera acabó sus tristes días, si dejándose morir de hambre ó víctima de las torturas de sus carceleros.

Filipo, su hijo mayor, no le sobrevivió más que algunos años; el otro tuvo que aprender el oficio de tornero para ganarse la vida. Más tarde este heredero de Alejandro llegó al cargo de copista.

Fin más triste aún fué el de aquel glorioso pueblo que había conquistado la Grecia y el Asia. Jamás volvió á subir la Macedonia al rango de las naciones y hasta nuestros días, durante veinte siglos, la historia no ha pronunciado su nombre.

lor: que el senado le pidiera por medio de embajadores, auxilios que tenía derecho á exigir, y que le enviara el precio del trigo suministrado. Masinisa no había olvidado que debía al pueblo romano su corona, y contento con el usufructo, sabía que la propiedad pertenecía al donante (2).» Al mismo tiempo pedía venia para pasar á Roma á hacer en el Capitolio un sacrificio en acción de gracias; pero el senado le prohibió que abandonara el Africa.

Otros reyes pretendían hacer el mismo viaje; pero un decreto les prohibió también pasar la mar, y cuando Eumenes desembarcó en Brindis, un cuestor le intimó la orden de salir inmediatamente de Italia. Este recibimiento puso en peligro su reino, pues suponíendolo amenazado de la cólera de Roma, todos sus aliados le abandonaron en medio de la guerra que sostenía contra los gálatas. Sin embargo, su hermano Atalo fué recibido con honor. Los senadores le ofrecieron la mitad de los Estados de Eumenes; ofrecimiento que rehusó con prudencia para no desmembrar él mismo su herencia. Habiendo fracasado este medio de debilitar el reino pergamense, dejó el senado que los gálatas le hicieran la guerra y lo quebrantaran; después excitó á Prusias contra Eumenes y renovó el ultraje hecho á Filipo de enviar comisarios para que recibieran directamente las quejas que tenían del rey y oyeran su justificación.

El rey de Siria Antíoco IV Epifanes había conquistado parte del Egipto y fijó su residencia en Alejandría. El diputado romano Popilio le ordenó volver á sus Estados, y pidiendo Antíoco algunos días para deliberar, trazó Popilio en la arena un círculo al rededor del rey diciendo: «Antes de salir de este círculo has de contestar al senado.» Vencido el rey por un solo hombre mandó la retirada de su ejército: el Egipto se había salvado. Para mantenerlo bajo la

(2) Tito Livio, XLV, 13.